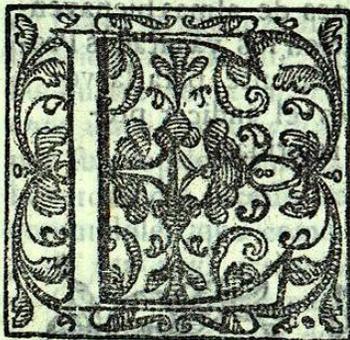


## CAPITULO VI.

*De algunos milagros, que obró el Señor por los méritos, é intercession de su Siervo Aparicio, aun en esta vida mortal, y entre ellos el de la resurreccion de un niño.*



**L** curso todo de la vida de Sebastian, no fuè otra cosa, si bien se considera, que una continuada serie de maravillas, para cuya testificacion nos bastaban las voces de los mismos irracionales, è insensibles; pero no quiso el Altísimo, que aquella manifestacion de su Omnipotencia se quedasse solamente en la admiracion de los hombres; estendiola tambien à su utilidad, por medio de los mas continuos, y asombrosos prodigios.

Si huvieramos de individuar cada una de las enfermedades peligrosas, y obstinadas, que cedieron su malignidad, no solo à la presençia del Siervo de Dios; mas à la de su Capilla, Cuerda, Rosario, y qualquiera otra cosa, que huviesse tocado à su innocente cuerpo, nos veriamos necessitados à abandonar la precision, con que hasta aqui havemos procedido.

La sola expression, de que usan los Autores

res de la vida del Venerable, de haver sido *innumera- rables*, assi las curaciones prodigiosas conseguidas por aquellos medios en tabardillos, calenturas, viruelas, y otros accidentes mortales, è incurables; como los felices sucessos en partos peligrosos, y preservaciones de sembrados; basta para acreditar de maravilloso aquel su dominio. Mas sin embargo, haremos mencion de uno, ù otro entre mas de trescientos, que obrò en vida, y en que, por razon de sus circunstancias, quiso el Omnipotente se hiciesse mas visibler.

Padecia habitualmente Lorenzo Diaz un dolor de cabeza, cuya agudeza le sacaba de sentido; y refiriendo su pena al Venerable, se quitò este el Sombrero, que tenia puesto, y se lo diò, diciendole: *Tomad este Sombrero, que todas las veces, que os lo pusieredes, se os quitarà el dolor.* Cuya verdad manifestó al paciente la evidencia, pues aunque muchas veces le repitiò despues, lo mismo era ponerse el dicho Sombrero, que se le suspendia.

Conversando Francisco Caxica con el mismo Siervo de Dios, le noticiò los temores de que estaba poseida su Muger de morir de parto, los que la tenian puesta en la mayor tristeza, y continua melancolia. Oyòle el Bendito Hombre, y echando mano al instante à la Cuerda, que tenia puesta, se la entregò diciendole: *Dadle este Cordon à vuestra Muger, que se lo ciña à raiz de las carnes, y decidle que no peligrarà; antes tendrá buen parto.* Llevola con efecto à la afligida Consorte, la que experimentò la felicidad, que el Venerable le havia predicho.

Siendo Novicio el P. Fr. Joseph Cortés en el Con-

Convento de Nro. Padre San Francisco de la Puebla, adoleció de un dolor de estómago, tan vehemente, que ni de dia, ni de noche le permitia el mas leve descanso. Y acordandose de los prodigios, que se referian del Venerable Aparicio (el que se hallaba en la actualidad en el mismo Convento) se fué à él, y refiriendole la gravedad del accidente que padecia, le pidió por amor de Dios (creyendo adquirir en la diligencia todo su alivio) le trocasse la Cuerda, que tenia ceñida, por la que el mismo Novicio llevaba puesta; al que dixo, lleno del mayor afecto, el Venerable: *¿Pues porqué no haveis venido antes por ella? Tomadla.* Y en aquel mismo punto, en que se la ciñó, se halló repentinamente sano el dichoso Novicio.

Pero donde se manifestó Dios mas admirable en su Siervo, fué en el dominio, que exerció sobre la misma muerte, en la circunstanciada resurreccion, que ya referimos. En el año de 1597. estando dentro de un Carro con un Indio, que le ayudaba, Juan Cavallero à la puerta de la Casa de su Hacienda cerca de Huexotzinco, se salió gateando un hijo suyo de edad de catorce meses; y poniendose enfrente del Carro, à que estaban uncidos seis Bueyes, alborotados éstos, echaron à correr, y passando por sobre él una de las ruedas, lo dexaron al mismo tiempo que muerto, sepultado. Acudieron los de la Casa à extraherle de la tierra, donde le havia sumergido el enorme peso, assi del Carro, como de los dos hombres, que estaban dentro; y le encontraron ya difunto, vertiendo sangre por boca, oídos, y narizes.

Una, ò dos horas havian pasado ya del infor-

fortunio (que llenó la Casa de inconsolables lágrimas) quando llegó à sus puertas Aparicio; à quien despues de haver referido el suceso, pusieron delante todo molido, y deshecho el difunto niño. Compadecido el Santo Varon, lo tomó en sus brazos, y diciendo à sus Padres se consolassen, y lo encomendassen à nuestro Señor, llegó su rostro al del inocente difunto, permaneciendo assi por algun tiempo en oracion, despues del qual, haviendo dado señas de la restitution de la vida, se lo entregó à sus Padres, no solo bueno, y sano; mas sin la menor leccion, como si nada le huviesse sucedido.

